

de la Iglesia, se les permitió usar ilimitada y ampliamente de la palabra y se les concedió el derecho de dirigirse á los jueces que ellos mismos eligieran.

Todo parecía, pues, marchar perfectamente; pero las esperanzas de aquellos padres del concilio que no eran incondicionalmente adictos á la Curia romana, quedaron frustradas por la arbitraria y tiránica conducta de Crescenzo. Este, al parecer, estaba indignado de que se guardaran tantas consideraciones á los protestantes y de que en el decreto de reforma los obispos comenzasen á extender sus atribuciones á costa de la Santa Sede. El Papa y sus representantes encontraron algo desagradable el hecho de que los teólogos y embajadores que el emperador había enviado al concilio, conformes con la política conciliadora consignada en el *Interim*, tomaran, en muchas cuestiones, una actitud anti-pontificia y casi favorable á los protestantes. Sorpresa causa ver que canonistas tan sabios como Vargas, Maluenda y otros muchos se pusieran, desde el principio de las discusiones, en contradicción directa con Roma. ¿Temía quizás Carlos una nueva sublevación de los protestantes, en el caso de que en el concilio no se les guardasen todas las atenciones posibles? Tal conducta debía, de todas maneras, afectar profundamente á la Curia romana. El mismo Papa calificó á los Padres del concilio tridentino de «hombres apasionados y parciales (1).»

Así las cosas, Crescenzo resolvió usar con mas rigor de los derechos que la presidencia le confería, á fin de poner término cuanto antes á las discusiones del concilio, del cual nada bueno esperaba. Ante todo, quiso impedir que los teólogos herejes se presentasen en el concilio y expusiesen en él sus quejas, sus opiniones y sus deseos, y para esto, propuso simplemente á la asamblea general de 5 de noviembre que los prelados tuviesen solo el derecho de votar los artículos tales como se los presentaran los teólogos, sin permitirse presentar enmiendas. Ahora bien, los teólogos se encontraban sometidos á la absoluta influencia de aquellos jesuitas que, como delegados de la Santa Sede, eran los primeros en exponer minuciosamente su opinión. El legado sufrió una completa derrota, pues, á instancias del arzobispo de Granada, Guerrero—que como la mayoría del clero español de aquel tiempo, á pesar de su fanatismo católico, no estaba dispuesto á someterse al poder absoluto del Papa—el concilio rechazó la proposición acordando que la redacción definitiva de los cánones era de la exclusiva incumbencia de los prelados.

Esta humillación hizo montar en cólera al legado, el cual aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para tomar el desquite; unas veces acusaba á un obispo de ignorante, y de no saber lo que decía, otras le trataba de hereje declarado y creía poderse permitir todas estas libertades porque ya no le infundía miedo el emperador. Carlos se encontraba efectivamente en una situación sumamente crítica entre los franceses, los turcos y los protestantes; así es que evitaba ejercer demasiada presión en el ánimo del Papa para que este no se viera obligado á arrojarle en brazos del rey de Francia (2).

Tal proceder del legado pareció intolerable á los príncipes espirituales de Alemania, á los cuales se había unido el elector de Colonia, y á los obispos españoles, poseídos de orgullo nacional y de espíritu de independencia. Todos deseaban poder abandonar cuanto antes aquel apartado rincón

(1) Instrucción pontificia á Camajano (setiembre de 1551); Druffel, III, 242.

(2) Granvella al obispo de Orense, 9 de noviembre de 1551 (Levassor, pág. 185).

de los Alpes, donde se veían sometidos sin defensa alguna al orgullo y á los insultos del legado, que hacia cuanto estaba en su mano para alejar del concilio á los prelados mas notables. Otras circunstancias aumentaron la desconfianza de los obispos en el transcurso de las sesiones. El número de prelados seguía siendo escaso y apenas llegaba á cincuenta. Los franceses persistían en el retraimiento y la circunstancia de permanecer en Roma 150 obispos italianos, en vez de tomar parte en el concilio, parecía la mejor prueba de que el Papa miraba con malos ojos aquella asamblea. Además de esto, á fines de noviembre de 1551 corrieron en Trento rumores acerca de las intenciones hostiles que contra el emperador y por tanto contra el concilio abrigaban los protestantes y los franceses. El decreto de reforma no pudo prosperar: Crescenzo solo permitió la discusión de algunos artículos relativamente insignificantes, y aun estos quedaron tan modificados que conservaron para la Curia la antigua arbitrariedad, bien que un tanto disfrazada en la forma. «El que quiera que se acepte algo sin consentimiento del Papa se mete en la cabeza una cosa imposible,» escribían indignados á su soberano los teólogos del emperador. Los trece capítulos reformistas, relativos á la concesión de dignidades eclesiásticas, á la jurisdicción extraordinaria eclesiástica, etc., que fueron publicados en la décimacuarta sesión (25 de noviembre), no llegaron á satisfacer á nadie, pues los curiales decían que iban demasiado lejos, al paso que los independientes sostenían que no lo iban bastante. El fiscal general de Castilla, Vargas, escribía al obispo Granvella: «Con nuestras insignificantes y locas reformas vamos á ser la burla y la risa de todo el mundo (3).»

El único que en realidad se tomaba interés por el concilio, que era creación suya y constituía el único medio de conquistar la paz religiosa, era el emperador. La obra de toda su vida estaba en juego: la prematura disolución del concilio hubiera puesto á los protestantes en la alternativa ó de someterse ciegamente al Pontificado ó de comenzar la guerra contra el catolicismo y el emperador. Carlos estaba convencido de que abrazarían este segundo partido, cabalmente en una época en que había estallado nueva guerra entre el emperador y Francia y en que sus relaciones con el Papa se ponían cada vez mas tirantes, precisamente por causa del concilio.

Una suspensión de este amenazaría la situación política y religiosa de Carlos, al cual no quedaba mas que un camino para llegar á un resultado feliz y era ejercer presión en el ánimo del Papa, cosa que no crea poder hacer. Restábele apelar á simples paliativos para demostrar al mundo entero que ninguna responsabilidad le incumbía por el mal éxito de la asamblea; y por eso retuvo con censuras y amenazas á los prelados alemanes y españoles en Trento é influyó en las Dietas protestantes para que, siguiendo el ejemplo del elector de Brandeburgo, enviaran sus embajadores al concilio. Las Dietas en parte obedecieron, pero mas para no excitar prematuramente la cólera del emperador que con la esperanza ni la intención de restablecer por aquel medio la paz religiosa. El duque de Wurtemberg, el elector Mauricio de Sajonia y muchas ciudades imperiales del Sur de Alemania enviaron á Trento sus diplomáticos y sus teólogos: Estraburgo fué representada por el célebre historiador Sleidan (4).

Entre tanto, la lucha entre el legado y los prelados imperialistas se había ido exacerbando cada día mas. El legado

(3) Levassor, pág. 208.

(4) Las cartas que durante el concilio escribió fueron publicadas por Baumgarten (Strasburgo 1881): aunque nada nuevo contienen, demuestran en su autor clara penetración y recta previsión política.

quería aprovechar la discusión abierta sobre el sacramento del orden para hacer sancionar al concilio la completa dependencia de todo el clero respecto del poder pontificio; al paso que los españoles representantes de Carlos sostenían el carácter divino del episcopado. La consecuencia inevitable de este concilio, como lo había sido del anterior, fué ahondar mas las disidencias que entre el Imperio y la curia romana existían. Julio III alentó á Crescenzo para que continuara haciendo una campaña en favor del poder papal y llegó hasta asegurarle que sería su sucesor en el solio pontificio (1). Asimismo el que mas se había distinguido de los dos nuncios, Pighino, fué nombrado cardenal *in petto*.

La situación en que se encontraba el concilio se agravó por la circunstancia de que los protestantes no se presentaron en él con las intenciones conciliadoras que en ellos suponía el emperador. Indignados por la autoridad que en el concilio ejercía el Papa, creyeron que Carlos les había engañado y dijeron que aquel no era el concilio que el emperador había prometido á los alemanes. No hicieron visita alguna al legado con el cual se entendieron únicamente por la mediación de los oradores imperialistas, del cardenal de Trento y de los electores eclesiásticos, y opusieron, además, firmemente á las doctrinas católicas la profesión de fe formulada por Melancthon y Brenz. Los embajadores combatieron una porción de acuerdos anteriormente tomados por el concilio; exigieron jueces imparciales para entender de las doctrinas objeto de controversia, y solicitaron que el Papa no ejerciese presión alguna en el sínodo y que se dispensase á los prelados presentes del juramento de fidelidad. Julio III, por su parte, imponía como condición indispensable para que se oyese á los protestantes, la de que estos comenzasen por reconocer la unidad de la Iglesia bajo la soberanía del Papa como vicario de Jesucristo, y la fuerza ejecutiva de todas las disposiciones que adoptara el concilio.

Como se ve, las opiniones y los designios eran demasiado opuestos para que pudiese llegarse á un acuerdo. A esto se agregó el deseo de algunos prelados de restablecer la antigua forma de elección de los obispos por el clero y el pueblo de la diócesis. El emperador pedía reformas; Crescenzo solo quería definición de dogmas; aquel embrollo no tenía remedio. La sesión pública de 25 de enero de 1552 motivó un decreto de aplazamiento y nuevas y mas amplias y precisas declaraciones de los protestantes.

Crescenzo se opuso durante mucho tiempo á que los embajadores luteranos formaran parte de la asamblea general, hasta que los representantes del emperador lograron vencer su resistencia. Carlos quería convencer á los protestantes de sus buenos deseos y mostrarse inclinado á ellos; sus oradores decían á los embajadores alemanes: «nuestra causa y la vuestra son idénticas (2).» Por fin se presentaron los protestantes en la asamblea general de 24 de enero de 1552; pero esto no hizo mas que aumentar los peligros; Roma y Wittenberg chocaron violentamente. El legado vió con espanto que los discursos de los luteranos impresionaban profundamente á los prelados. «Muchos obispos se alegran de las exigencias de los alemanes,» decía un teólogo español; y otro exclamaba: «los luteranos dicen muchas y muy buenas cosas que los Padres del concilio no se atrevían á decir y que el pueblo no ha oído (3).» Naturalmente á la Santa Sede y á sus representantes había de causarles verda-

(1) Instrucción pontificia para Montefiascone, 23 de noviembre de 1551. Druffel, I, 821.

(2) Memoria de Sleidan de 29 de enero de 1552; Baumgarten, pág. 211.

(3) Levassor, pág. 468, 477.

dero horror la audaz conducta de los herejes que fácilmente hubiera podido ejercer contagiosa influencia en los prelados. Por tanto estaban decididos á disolver el concilio antes que consentir la reproducción de tales escenas y aplazaban constantemente la contestación clara y precisa á las exigencias de los protestantes. Julio III se quejó al emperador de la «insolencia, impiedad é iniquidad» de los herejes; y no se contentó con vanas palabras, pues á pesar de las repetidas quejas de los protestantes que se lamentaban de que no se esperara la llegada de sus teólogos, y de que se precipitaran las decisiones del concilio, los presidentes procuraron que este resolviera la mayor suma posible de puntos de doctrina eclesiástica antes de que los teólogos luteranos llegaran y pudieran tomar parte en los debates. Intentóse tranquilizar á los embajadores alemanes, diciéndoles que todos estos acuerdos del concilio y los que anteriormente se habían tomado volverían á ser discutidos con sus teólogos; pero en realidad, el Papa, la curia y sus partidarios estaban firmemente decididos á no permitir que se variara un ápice en las decisiones conciliares. Para ser justos, preciso es que digamos que no podían proceder de otro modo sin violar los fundamentos del catolicismo. La esperanza alentada por Carlos V de conseguir la solución de la cuestión religiosa por medio de un concilio dirigido é influido por Roma, resultaba ser una quimera.

El antagonismo era cada día mas profundo y encarnizado; el legado, á quien el Papa censuró por demasiado débil, se negó hasta á aceptar el manuscrito de la confesión de Wurtemberg. No se llegó, pues, á solución alguna, y durante las semanas siguientes, el concilio no hizo absolutamente nada. Los españoles, algunos de los cuales hacia seis años que faltaban de sus diócesis y que ya habían perdido toda esperanza de que el concilio condujera á un resultado satisfactorio se sublevaron por vez primera contra los embajadores imperiales y pidieron con insistencia la suspensión del sínodo. Los electores alemanes se vieron tratados con poca consideración por Roma y dieron por destruida toda posibilidad de un acuerdo con sus compatriotas protestantes, acuerdo que habían deseado especialmente en la cuestión de la Comunión y del matrimonio de los sacerdotes. A la sazón, oían hablar de una alianza firmada entre Francia y los protestantes alemanes, y temiendo por la seguridad de sus propios dominios prescindieron de los mandatos del emperador y juntamente con otros obispos alemanes emprendieron, en marzo de 1552, el viaje de regreso á su patria. El Papa, que estaba á punto de hacer las paces con Enrique II, no tenía formada muy buena opinión del concilio: lamentábase de que se le quisiera arrebatar su autoridad legislativa, y de que los obispos españoles se mostraran tan hostiles al poder pontificio como los mismos luteranos. «Pero no consentiré, exclamaba, que, bajo el pretexto de los abusos, se nos arrebate lo que lejos de ser un abuso constituye el fundamento esencial de nuestro poder. Esto no será, no lo consentiremos y antes dejaremos que se hunda el universo (4).» La mayor parte de los obispos italianos abandonaron también á Trento, de suerte que en la ciudad no quedaron mas que cinco ó seis de estos prelados. ¿Cómo podía tal asamblea dictar leyes á toda la cristiandad? No había que pensar en que los protestantes alemanes se sometieran á ella.

A pesar de esto, el emperador se atuvo un buen espacio de tiempo á aquella sombra de concilio, é hizo desesperados esfuerzos para ponerse de acuerdo con Crescenzo acerca de las reformas necesarias. Parecía que todavía estaba cegado por sus anteriores triunfos, pues no quería creer en las noti-

(4) Ranke, *Obras*, XXXVII, 180.

cias que recibía por todos conductos acerca de las intrigas desleales que contra él se tramaban ni en el inminente levantamiento de los protestantes que todo el mundo preveía, ni en la falta de consideración que recaería sobre los debates conciliares. A principios de marzo se convenció de esta última verdad y accedió a la suspensión de la asamblea.

De este modo, quedó decidida la suerte del concilio. Sin embargo, durante muchas semanas arrastró una mezquina existencia, pues ni los representantes del Papa ni los del emperador querían cargar con la responsabilidad de la suspensión, antes bien cada uno de los dos partidos quería atraer sobre el otro el odio que tal medida había de suscitar. Los protestantes les sacaron de tal perplejidad; sus embajadores habían ya abandonado anteriormente el concilio fundándose en motivos justos y graves, de suerte que ninguna responsabilidad podía atribuírseles por las proposiciones y trabajos que en él se hicieran. Después, las tropas de Sajonia, de Hesse y de Alberto de Brandeburgo-Kulmbach avanzaron hacia el Sur para arrojar de Alemania al emperador, y al propio tiempo, el rey de Francia recibía las llaves de Metz. En 4 de abril, los protestantes se apoderaron de Estrasburgo y Mauricio de Sajonia amenazó penetrar en el Tirol. Estos acontecimientos decidieron al Papa y a los presidentes a disolver el concilio y a enviar algunos preladados a Roma, para proseguir, en unión del Padre Santo, la obra de reforma. Los presidentes, sin embargo, prefirieron proponer al concilio la suspensión durante dos años, a obrar en virtud de los plenos poderes pontificios. Esta proposición fué aprobada en 28 de abril de 1552 por todos los preladados, a excepción de doce españoles que quisieron probar de nuevo su fidelidad a su soberano, cuya situación tan comprometida se veía. Crescenzo, que desde el 20 de marzo (1) se encontraba gravemente enfermo, se hizo conducir a Verona, donde murió a los pocos días sin haber podido recibir la recompensa que por sus grandes servicios le había prometido Julio III. Entre tanto los Padres del concilio, así los partidarios como los adversarios de la suspensión, al tener noticia de la entrada de Mauricio en Innsbruck y de la fuga del emperador, se apresuraron a refugiarse en las comarcas meridionales. Los mismos habitantes de Trento, temerosos de los protestantes, abandonaron sus hogares y buscaron asilo en las montañas y bosques vecinos. La ciudad, pocos días antes llena de vida, de negocios y de fiestas, se vió entonces desierta y abandonada.

Cárlos había sufrido en el terreno político una derrota no menos sensible que la que sufrió en la esfera religiosa. El concilio, aunque en la forma solo había sido suspendido hasta mejores tiempos, estaba de hecho disuelto. ¿Volvería a reunirse? No era probable. Las causas del triste resultado del segundo sínodo tridentino son fáciles de señalar. Julio III había convocado el concilio, accediendo a los deseos del emperador, porque consideraba imposible la resistencia, y porque esperaba que, aliado con Cárlos, podría someter a la Francia, que se atrevía a contrariar los planes políticos y personales del Padre Santo. Confiaba también en que la acción unida de las excomuniones de la Iglesia y de las armas terrenales de Cárlos V conseguiría arrojar de Francia a Enrique II. Además, el emperador obligaría, así lo esperaba el Papa, a los protestantes a someterse a las decisiones de un concilio presidido y dirigido por los representantes de la Santa Sede. Pero todas esas esperanzas se habían convertido en humo. Cárlos, que no tenía deseo alguno de luchar a la vez con los protestantes y con los franceses, había hecho todo lo posible para atraerse a los primeros y para llevarlos al

(1) Guillermo de Poitiers a la regente de los Países Bajos, 30 de abril; Archivo de Bruselas.

concilio como mandatarios y auxiliares suyos. Como tales, hubieran podido desempeñar en Trento un papel funesto y peligroso para Roma. Los obispos alemanes y españoles habían mostrado en el concilio animosidad y desobediencia a la Santa Sede y profundos deseos de independencia. Las cuestiones políticas y militares tampoco habían llevado el giro que el Papa deseaba, pues el rey de Francia, en vez de verse atacado en su propio reino, hacía conquistas en Italia y en Alemania. Cárlos había mostrado cierta indiferencia hacia sus aliados pontificios y no se había manifestado muy dispuesto a apoyar a la curia en los propósitos que esta abrigaba de destronar a un rey legítimo como era Enrique II. Julio por su parte estaba también cansado de gastar sus rentas y su tesoro en una guerra que solo traía consigo derrotas y que en último caso solo podía ser provechosa para el emperador. El hecho de aproximarse los franceses y sus aliados a las fronteras de los mismos Estados Pontificios, intimidó al pusilánime y poco perseverante Papa. Por esto, desde octubre de 1551, poco antes de la inauguración verdadera del concilio, se preparó para un cambio de frente y comenzó a entablar negociaciones con Francia, que terminaron con el armisticio firmado en abril de 1552.

Desde entonces, no tuvo el Papa interés alguno en guardar consideraciones al emperador; la actitud de este y de sus preladados en el concilio le afectó profundamente y decidió poner fin a una asamblea tan peligrosa para el poder pontificio. Sus enemigos irreconciliables, los protestantes, se encargaron, con su rápido ataque, de realizar este propósito dispersando a los Padres de Trento. Las exigencias de los protestantes fueron aceptadas y ratificadas por los dos tratados de paz de Passau y de Augsburgo, desapareciendo, por consiguiente, toda esperanza de llevarles a una reconciliación con la Iglesia tradicional. Al propio tiempo, fracasó la tentativa de Cárlos de invadir el territorio francés y arrebatarse a los franceses sus recientes conquistas. Afectado, pues, el emperador por tantos desengaños y desdichas tantas, rodeado de las ruinas de todo su sistema político y religioso, renunció la corona para encerrarse en el monasterio de Yuste, donde falleció al poco tiempo, y con él murieron también las tendencias que habían motivado la convocación del segundo concilio tridentino.

II.—APERTURA DE LA TERCERA ASAMBLEA TRIDENTINA.

Marcelo II.—Paulo IV: progresos del protestantismo.—Pío IV y la cuestión del concilio.—Punto de reunión y continuidad.—Convocación del concilio para Trento.—Negativa de los protestantes.—El gobierno francés y el concilio.—El emperador Fernando I y el concilio.—Portugal.—Felipe II y el concilio.—Los cinco legados sinodales.—La fórmula *proponentibus legatis*.—La cuestión del salvoconducto.—El deber de residencia.—Indignación de la curia contra el concilio.—La cuestión de continuidad.—Derrota del partido reformista.—Apasionamiento del Papa.—La Misa.—El cáliz laico.—Decreto insuficiente de reformas.

Cárlos V, el principal representante y promotor de la idea de reunir un concilio, había desaparecido de la escena. La larga y terrible guerra que desde 1551 había estallado entre las dos principales potencias católicas hacía imposible la resurrección de aquella asamblea, porque ¿cómo hubieran podido estar juntos en un mismo sínodo franceses, ingleses y españoles que luchaban encarnizadamente entre sí?

Entre tanto, había muerto Julio III (1555), sucediéndole con el nombre de Marcelo II, Cervino, su antiguo colega en el primer concilio de Trento, el cual solo ciñó la tiara pontificia durante tres semanas. Recayó entonces la elección en el apasionado y obstinado napolitano Caraffa, que tomó el

nombre de Paulo IV. El nuevo Pontífice, decidido adversario de toda conciliación con las ideas liberales, encarceló, como sospechosos de herejía, a una multitud de obispos y cardenales; destituyó al legado de Inglaterra, Pole, cuyas opiniones moderadas no le satisfacían, y se cebó en todos aquellos que no eran decididos partidarios de la mas estricta fe romana y del poder absoluto de la Curia. Un Papa de estas ideas no podía ser en manera alguna favorable al concilio. Paulo IV procuró introducir algunas mejoras en punto a disciplina eclesiástica, pero apenas obtuvo éxito alguno. Todos reconocían que solo un concilio ecuménico podía poner remedio a tamaños males; pero Paulo IV, mas que a las cuestiones religiosas daba importancia a la guerra que con mas apasionamiento que suerte hacía a Cárlos V y a su hijo Felipe II. Enemigo acérrimo de los Habsburgos, titubeaba, aun después de la abdicación de Cárlos, en reconocer como emperador al hermano de este, Fernando I.



Reverso de una medalla del Papa Julio II Representa al Papa, al emperador Cárlos V, a Felipe II, a la reina María y al cardenal Pole levantando a Inglaterra de la postración en que la tenía el protestantismo

Paulo IV, a pesar del odio que a la herejía profesaba, contribuyó mas que nadie a su fomento, por la encarnizada lucha que sostuvo con una de las dos principales potencias católicas y por los esfuerzos que con éxito hizo para ahondar y prolongar las disidencias que a ambas separaban. Los lansquenets alemanes se extendían por Francia y por los Países Bajos; Felipe II y Enrique II se hallaban tan ocupados en su lucha, que no podían cuidarse de los sectarios; Inglaterra, indignada de la arrogancia y ambición de Paulo, se había arrojado, durante el reinado de la joven Isabel, y después de la corta reacción católica de María Tudor, en brazos del protestantismo; con lo cual vino a ser también definitiva la victoria del calvinismo en Escocia. La animosidad de este Papa contra los Habsburgos, y al mismo tiempo los ataques de los turcos, obligaron a Fernando I a solicitar el auxilio de los príncipes protestantes del Imperio. Las nueve décimas partes de los alemanes estaban entonces afiliados a las nuevas doctrinas y la misma Baviera estaba a punto de abrazarlas (1). En los territorios austriacos, las profesaba la mayoría de la nobleza y de la clase media. Polonia parecía pronta a seguir ese ejemplo; la nobleza de aquel país quería excluir de la Dieta a los obispos por considerarlos demasiado adictos a Roma y exigía tumultuosamente la convocación de un concilio nacional. La Europa oriental, como el centro de Alemania y como el Norte escandinavo, amenazaba separarse del catolicismo. La extraordinaria corrupción del clero (2) explicaba la generalidad de estas tendencias en todo el orbe.

(1) Ranke, *Obras*, VII, 80.

(2) Véase sobre esto el documento que los teólogos de Lovaina dirigieron a Felipe II en 11 de mayo de 1558: Archivo de Bruselas, *inventaire de 1864*, 8.

Los rápidos e importantes progresos que hacia la herejía en todas partes, dentro y fuera de Alemania, espantaron de tal suerte a Felipe y a Enrique que, en la primavera de 1559, firmaron la paz de Chateau-Cambresis, para poder luchar juntos contra los herejes. No obstante, se vió que la severidad y la fuerza no bastaban para poner remedio al mal, y que si no se procuraba satisfacer los deseos de los pueblos cristianos por medio de una reforma verdadera y fundamental del clero, de la Iglesia y de los dogmas, el catolicismo estaba amenazado de inminente ruina. El monarca francés, el Senado de Venecia, el duque de Florencia, los príncipes católicos, en la Dieta de Augsburgo (1559), todos pedían la extirpación de los abusos, el restablecimiento del poder episcopal, el severo cumplimiento de los deberes del clero, la precisa y concreta definición de los dogmas y la devolución a los corazones creyentes de la confianza, de la esperanza y del entusiasmo religiosos (3).

Afortunadamente para el catolicismo, falleció Paulo IV poco después de haberse firmado la paz de Chateau-Cambresis, es decir, en 18 de agosto de 1559. El Sacro Colegio no pudo librarse de la influencia de las doctrinas que entonces predominaban en todo el orbe católico e impulsó a todos sus miembros el deber de que, en caso de ser uno de ellos elegido Papa, convocaría el concilio, reformaría la Curia eclesiástica y extirparía los muchos abusos del clero. Pero trascurrió mucho tiempo sin que pudiera llegarse a un acuerdo respecto de la designación del nuevo Pontífice, hasta que, al cabo de cuatro meses, fué elegido (26 de diciembre de 1559) Juan Angelo de Médicis, milanés, que tomó el nombre de Pío IV.

Juan Angelo de Médicis, que había nacido en 1449, no pertenecía a la célebre familia florentina del mismo nombre, antes bien era de humilde linaje y debía toda su fortuna a su hermano Juan Jacobo, soldado intrépido y hábil, a la par que cruel y astuto. Juan Jacobo alcanzó en el ejército imperial el grado de general y obtuvo el marquesado de Marignano, con lo cual pudo elevar a su hermano al solio pontificio. Su matrimonio con una Orsini, cuñada de Pedro Luis Farnesio, influyó en que este alcanzara de su padre Paulo III la dignidad cardenalicia para Juan Angelo (4). Este nuevo príncipe de la Iglesia merecía por lo demás el alto honor que se le había concedido, pues era buen canonista y doctor en derecho, bondadoso y amable, amante de vivir en paz con todo el mundo, presto para montar en cólera, pero no menos pronto en calmarse y reconciliarse. Paulo IV le cobró odio precisamente por aquella moderación y por su adhesión a la casa de Austria cuyo súbdito era. A consecuencia de esta adhesión el cardenal Médicis se había visto obligado a abandonar a Roma, y vivía en Pisa y en Milan de un modo digno, y aun espléndido, ocupándose en trabajos literarios, en la construcción de preciosos palacios y en prácticas religiosas. Al regresar a Roma, después de la muerte de Paulo IV, y al tomar parte en los debates del cónclave, dijo que era preciso reconquistar la Alemania concediéndole el cáliz laico y el matrimonio de los sacerdotes, a semejanza de lo que se usaba con los bohemios y orientales (5). Mostró simpatías por la casa de Austria y se manifestó contrario al sistema religioso y político de Paulo IV, y este fué probablemente el motivo que tuvieron en cuenta los cardenales para elevarle al solio pontificio.

En efecto, Pío IV se dispuso a cumplir lo que en el

(3) Véase Alberi, *Relazioni venete al Senato*, X, 24. Bucholtz, *Fernando I*, IX, 564. Cantu, *Gli eretici d'Italia*, II, 419.

(4) Relacion de Girol. Soranzo (Alberi X).

(5) Sickel, *Para la historia del Concilio de Trento* (Viena 1872), pág. 17.